

Literatura

Narrativa



Mujeres notables casadas en la época victoriana.

La fealdad del marido

Gatopardo publica “Vidas paralelas”, de Phyllis Rose, un ensayo vibrante y audaz sobre la ingrata posición de mujeres notables casadas en la época victoriana

Título: *Vidas paralelas*

Autor: Phyllis Rose
Editorial: Gato pardo ediciones
Precio: 22,75€

ANDREA TORIBIO

Hace unos días, terminé “Vidas paralelas”. Cinco matrimonios victorianos”, de la crítica estadounidense Phyllis Rose. Al comienzo, pensé que no me interesaría porque se trata de una época que no me genera interés, y que además me recuerda uno de mis grandes fracasos: no soy capaz de leer “Middlemarch”, de George Elliot. Sin embargo, fue la faja promocional del libro lo que me hizo cambiar de opinión. Si Nora Ephron consideró “Vidas paralelas” un clásico al que volver cada cuatro años, ¿con qué derecho podía saltarme las tradiciones? Ephron debió advertir que en el libro de Rose encontraría un espejo en el que mirarse. No obstante, quizá ambas miraron en la misma dirección, pues en 1983 también Ephron publicó su perspicaz “Se acabó el pastel” (Anagrama, 2022). Con todo, los dos textos abordan con suma brillantez el mismo objeto de análisis: la falta de disponibilidad emocional del hombre en las sociedades contemporáneas. ¿Pero en qué se

diferencian? Quiero decir. En qué se distingue el hombre de los últimos cuarenta años, con su nostalgia y estilismos atropellados, del victoriano que, por cierto, tanto agotamiento mental me había provocado. Me refiero al pensar que ambos responden, porque pertenecen, a lo que la ensayista Martine Delvaux considera un ‘boy club’ en su libro de igual nombre (Península, 2023). Este préstamo del inglés, ya extendido tanto en Francia como en Canadá, habla de la camaradería masculina, y se considera “un laboratorio en el que se desarrollan las virilidades en detrimento de los demás cuerpos”. La perspectiva de Delvaux me permitió durante la lectura del ensayo de Rose comprender que el matrimonio durante la época victoriana fue una especie de ‘boy club’. Al abrigo de la rígida institución matrimonial, el hombre de este período aprovechó para depositar las razones incorrectas de su insatisfacción vital en el interlocutor que no era: las mujeres. Concretamente, en aquellas con las que decidía casarse.

Los cinco matrimonios que Phyllis Rose nos presenta: Jane Welsh y Thomas Carlyle, Effie Gray y John Ruskin, Harriet Taylor y John Stuart Mill, Catherine Hogarth y Charles Dickens, y George Elliot (Mary Ann Evans) y George Henry

Lewes constituyen traiciones ejemplarizantes. Todas las mujeres citadas firmaron un contrato nupcial (todas menos George Elliot, parcialmente) con estos hombres, convencidas de que la conexión intelectual les salvaría y les permitiría regular a su antojo, y en pareja, las implicaciones de institucionalizar su unión, pero no fue así. Dentro del matrimonio de la época de la reina Victoria, los hombres confundieron su intimidad con la ficción, los cuerpos de sus mujeres con los de sus madres o con el de la madre simbólica; vertieron sus traumas y un alto porcentaje de misoginia en él, así como unos niveles de ansiedad inauditos. Quizá lo más curioso es que todos se conocían entre sí, y que cuando alguna vez públicamente se supo de alguna tirantez en su relación, poco les faltó para defenderse entre ellos en toda la prensa escrita de Inglaterra y parte del extranjero.

Más allá del cotilleo, y de las estafalarias estampas de convivencia, Rose escenifica la demanda principal de las que fueron las mujeres más inteligentes de su época: encontrar en el otro a un igual al que poder amar. George Elliot es clara a este respecto, “Por la bendición del amor, decía, pagamos un alto precio en ansiedad”. Mary Ann Evans, solo por esto lo volveré a intentar.

Novela

Abajo el trabajo

Título: *Gozo*

Autora: Azahara Alonso
Editorial: Siruela, 2023
Páginas: 234 pp.

ALOMA RODRÍGUEZ

Los maravillosos melocotones que pintó Elsie E. Lower y que aparecen en la portada de “Gozo”, de Azahara Alonso (Oviedo, 1988), junto al título, quizá nos lleven a pensar en un libro que se regodea en la sensualidad. No es así. Esos melocotones apelan más al tiempo que necesitan para madurar y concentran algo que está en el libro y que es casi un acto de rebeldía: frente a la inmediatez y a la rapidez que nos viene impuesta, paz y sosiego; frente a la idea del trabajo como resumen y esencia de lo que somos, alguien que deliberadamente se hace diletante. Solo el tiempo que una precaria economía, una beca y un lugar más barato le permiten; y aun así, la protagonista y narradora de la novela, tiene que buscarse un trabajo como camarera en uno de los restaurantes de la isla de Malta, a donde se ha ido a vivir con su novio. No es un año sabático, más bien un tiempo de ocio o de espera, explica.

Aunque la vida cotidiana en la isla se cuele en la novela –búsqueda de piso, mudanza, personajes secundarios habitantes de la isla que esconden sus propias historias aunque aquí estén apenas sugeridos–, pero lo importante es la reflexión: “Gozo” es una novela –en el sentido de género omnívoro y bastardo– cuyo argumento es un ensayo sobre nuestra relación con el trabajo y el dinero: Azahara Alonso fabrica muchas locuciones para no decir dinero, pero está en el centro del libro. El dinero y el trabajo mediatizan nuestra relación con el tiempo. Es decir, el tiempo de ocio es tiempo robado al tiempo de producir. Contra eso se rebela la narradora, y con ella Alonso.

Todos los libros son un diálogo con otros libros; en Gozo esa conversación es explícita: muchos de los títulos con los dialoga aparecen citados o extractados. De Russell y su “Elogio de la ociosidad” y Paul Lafargue con “El derecho a la pereza” a Barthes, Perec, Ernaux, Sontag, Maggie Nelson o Emily Dickinson, de quien se cita este poema: “Nunca mi mano / sostuvo un / melocotón / estando el Año / tan avanzado...”. También aparece el cine: entre otros, El signo de Leo, de Rohmer, como colega del Vernon Subutex de Despentès.

“Gozo” es una novela que encierra un conjuro: es un libro sobre la escritura y contra la prisa, y su lectura, de un modo sutil y mágico, hace que el tiempo se pare un poco y que salgamos a la calle con ganas de fijarnos en lo que nos rodea, no necesariamente para contarle luego. Hay otro misterio que trata de resolver Azahara Alonso: ¿cómo se atrapan los lugares en los que estamos?



Gozo, isla de Malta.